

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LVIII

MADRID 2 DE AGOSTO DE 1931

NUM. 31



EL NIDO

EL NIDO

Conste que este hermoso título que lleva el grabado adjunto no lo he inventado yo, sino el autor del cuadro A. Ebert.

Es un nido en efecto, no poco encantador, el que forman esa madre y sus dos pimpollos.

No faltará quien diga tal vez que es antihigiénico el dormir tres juntos, pero por mi parte, nada me parece tan ajustado a la higiene como el cariño maternal.



LA LENGUA

Todos nacemos con lengua, pero no todos podemos vanagloriarnos de poseerla tan meritoria que nos asegure la conquista de la reputación, de la gloria; esto sólo está reservado para los oradores.

El que nace orador puede decirse que ha nacido con el talento en la punta de la lengua, y hablando, atrae la celebridad, la evoca, la llama.

El gran prurito de los tiempos modernos consiste en hablar; hoy todo el mundo habla de lo que entiende y de lo que ignora.

Esgrimimos tan bien la lengua que hablamos ya según nos conviene y decimos lo que no sentimos ni creemos; se ha averiguado que la lengua es un tesoro y tratamos de explotarlo.

Hoy se vive de la lengua como otros días se vivía del trabajo y de la renta. ¡Qué mayor renta que una lengua dócil multiforme y aduladora!

El instrumento que se nos concedió como medio para comunicar a la humani-

dad la verdad, el arte y la ciencia, se ve hoy trocado por una falsa ilustración en instrumento para encubrir el engaño, la mentira y las intenciones indignas o pérfidas

Ved lo que nos dice también el apóstolo Santiago acerca de la lengua:

«La lengua es un fuego, un mundo de maldad.

Así la lengua está puesta entre nuestros miembros, la cual contamina todo el cuerpo e inflama la rueda de la creación y es inflamado del infierno.

Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres.

De una misma boca proceden bendición y maldición.

Hermanos míos, no conviene que estas cosas sean así hechas.

¿Echa alguna fuente por una misma abertura agua dulce y amarga? ¿Quién es sabio y avisado entre vosotros?

Muestre por buena conversación sus obras en mansedumbre de sabiduría.

Pero si teneis envidia amarga y contención en vuestro corazones, no os glorieis ni seais mentirosos contra la verdad.»



EL BUEN TESORERO

Un buen rey tenía un tesorero, el cual de pastor se había elevado a este importante empleo.

Mas el tesorero fué acusado al rey de que robaba el tesoro y ocultaba las alhajas robadas en una cueva que estaba provista de una puerta de hierro.

Por lo tanto, el rey visitó un día al tesorero, examinó su palacio, y cuando llegó

a la puerta de hierro, mandó abrirla. Cuando el rey entró se quedó sorprendido.

Nada vió más que las cuatro paredes, una silla de paja y una mesa campestre.

Debajo de la mesa había una flauta pastoril, un cayado y un zurrón de pastor.

Sorprendido el rey preguntó qué era eso.

Empero el tesorero dijo:

—En mi juventud guardaba yo las ovejas. Tú ¡oh rey! me trajiste a servir en la corte. Aquí en esta cueva he pasado una hora cada día, recordando con alegría mi primer estado y repitiendo las canciones que en otro tiempo cantaba para alabanza del Criador, cuando tranquilamente guardaba mi rebaño. ¡Ah! si me dejaras volver otra vez a los campos de mis padres, donde era más feliz que sirviendo en la corte.

El rey quedó maravillado de tantas sinceridad e irritándose contra aquellos que habían calumniado al hombre honrado, le abrazó y le rogó permaneciera con él.



EL SEÑORITO

Pertenecía Manolín a la apreciable clase de niños precoces, que como raros ejemplares se revelan a veces en los colegios de primera enseñanza.

De sus felices disposiciones para llegar a sabio se hacían lenguas cuantos tenían la fortuna de conocer a aquel portento; él era el encanto de la clase, el regocijo de sus profesores, la envidia de sus condiscípulos y el orgullo de sus padres, modestos artesanos que citaban toda su dicha, su porvenir y bienestar en los talentos de

aquel hijo que Dios les había concedido. De ahí que al acabar Manolín su bachillerato con el obligado «sobresaliente», su madre, la señora Pepa, acordase dedicar el chico al foro.

Su resolución, sin embargo, dió origen a serios altercados conyugales.

—¿Y por qué he de hacer de mi hijo un señorito?—le preguntaba su esposo. Con su saber ¿no le valdría más que se perfeccionase en mi oficio?

—¿Tu oficio? ¡Qué aspiraciones tan plebeyas!—replicaba Pepa.—¡Carpintero mi hijo! Temo por tu juicio Rafael; tu proposición, no lo dudes, es propia sólo de un demente.

—Porque quiero darle mi oficio ¿me crees demente? ¿Pues no me enseñó el suyo mi padre? ¿Crees acaso que es de distinta arcilla que su padre?

—¡Eres un mal padre! ¡Destruir por tu mano la ventura de tu hijo!

—¿Qué ventura?

—La suya, la que disfrutaría y disfrutaríamos nosotros en cuanto fuese abogado.

—Pero mujer un abogado más, ¿qué importa al mundo!

—A tí podr importarte poco, pero al mundo le importa mucho tener un abogado que reúna la sabiduría del hijo de mi corazón.

—Lo que a tí te vuelve los sesos, mujer, es la perspectiva de ser la madre de un letrado; ¿por qué crees desdoro ser la esposa de un carpintero? ¿No lo fué la virgen María? ¿No era José descendiente de la casa de David? Pues entonces algún abuelo tiene nuestro oficio.

—No lo tomes de tan lejos, ni te ufanes con excepciones que no te alcanzan

—replicaba con mal humor su mujer.— Ni tú descienes como el glorioso San José de la casa de David. Si tu hijo sigue tu oficio, nunca pasará de ser un artesano rufn. Como buena esposa y mejor madre, te he consultado; si te opones a que Manuel sea hombre y brille en la esfera que debe, yo trabajaré día y noche para ganar lo necesario con que atender a los gastos que su carrera me ocasione.

¡Qué hacer! Después de mil vacilaciones convino Rafael en que su hijo se matriculase, satisfaciendo, de esta suerte, el más vehemente deseo que le había demostrado su mujer.

¡Y qué alegría tan grande la de ésta al obtener el deseado sí! ¡Y cómo le hizo ver a su marido el brillante porvenir que la suerte le reservaba!

A los veinticinco años sería juez su Manuel, y ellos dejarían entonces el modesto taller y acompañarían a su hijo donde quiera que fuese. Su casa sería frecuentada por lo mejor de la sociedad y serían considerados por todos y distinguidos como los que más.

Manuel, tan guapo, tan sabio, con su brillante carrera y la aureola de ilustración que le rodearía, haría una boda loca se casaría con una señorita muy hermosa, y sobre todo, muy rica, que con su voz de ángel les llamaría papás.

—¡Y tanta felicidad te atreverías a rehusar!—exclamaba Pepa con profunda conmiseración.

Rafael entonces, arrollado por tan convincente dialéctica, no podía perdonarse haber negado al principio su consentimiento, acusándose de egoista e ignorante, de indigno de ser padre de un juez. A

pesar del excelso linaje del glorioso patriarca, desde aquel día sintió vergüenza de su mísera condición, deseando ver terminada la carrera de su hijo para abandonar aquel humilde taller y vivir en otra esfera más elevada y más digna de sus aspiraciones.

Con gran contentamiento de los padres quedó matriculado el chico, el día que ingresó en la Universidad para inaugurar sus estudios jurídicos, Pepa llamó a la antigua sirvienta de la casa y al oficial y aprendiz que trabajaban en el taller de su marido y con seriedad digna de mejor causa les previno que no siendo ya su Manuel ningún niño, desde aquel día acababan las intimidades y franquezas que con él se habían permitido hasta entonces, y que en adelante señorito debían llamarle, ya que por su edad y su saber lo era.

Y señorito le llamaron, no solo la muchacha y dependientes de la casa, sino todas las comadres y conocidos de la vecindad. En honor a la verdad, Manolín se sentía algo mortificado al oírse llamar así por sus antiguos camaradas y vecinos; más que a consideración sabiale a mote el flamante tratamiento, en tanto que a sus padres ¡pobres gentes! antojábaseles tan feliz el título, que a sus solas, al hablar del juez en ciernes, ya no decían: nuestro hijo, mi Manolín. Saboreando la palabra llamaban a su vástago: El Señorito.

(Continuará).

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: Por un año: en España y Repúblicas Americanas, 3,00; en todos los demás países extranjeros 4,50.—Librería Nacional Extranjera, Caballero de Grecia, 60, Madrid.

Imprenta: Bravo Murillo, 72